

*Margarita, Trata de blancas*—bellos cuadros, cuadros de amable y experto *métier* y de “interesante” inspiración, pero en los cuales no fulgía aún la llamada levantina, ni privaba la elocuencia estética sobre la elocuencia literaria.

Sin embargo, el último de estos cuadros, *Trata de blancas*, coincide por el año de su ejecución, que fué el de 1894, y por su exposición en la Anual de París con otro, diametralmente opuesto, que marca el advenimiento de la tercera época, definitiva y gloriosa, en la obra del gran valenciano. Me refiero a *La vuelta de la pesca*.

*Trata de blancas* es como el epílogo de un libro primerizo; *La vuelta de la pesca* es el primer capítulo de la obra capital. Resolvía aquél un asunto de interior.

Apartándose de su costumbre—os decía yo mismo en una reciente conferencia—pintó Sorolla esa tela en su estudio, aunque disponiendo de tal manera los elementos necesarios de fondo y de luz, que la intervención imaginativa fuese mínima. La escena representa un vagón de tercera clase, en cuyos asientos longitudinales y transversales se ven, a la luz débil del amanecer que se filtra por las ventanillas, los cuerpos hacinados de las tristes reclutas del vicio. En la penumbra, la sórdida figura de una vieja celestina, con gesto de amodorrada placidez, hace cobrar más relieve a la vistosa lozanía de los cuerpos mozos.

Sin embargo, todo es melancólico y gris, en el cuadro. Como en *Otra Margarita*, un lienzo anterior que pinta la tragedia de expiación y remordimiento de una madre infanticida, Sorolla ha penetrado en *Trata de blancas* una de las formas más conmovedoras de la irresponsable miseria humana, del pecado fatal, impuesto por el egoísmo inexorable del sexo; en el pesimismo implícito de su lienzo, palpita una fibrilla de honda conmiseración. Y todo esto está expresado en los tonos pardos y fríos de las tragedias ocultas, en una técnica meticulosa y tímida, como si el artista no quisiera hacer cínico alarde de su dolorosa inspiración.

Pero hé aquí que, junto a ese lienzo patético, moralista, oscuro y pusilánime, sorprendía al espectador, en la misma exposición de París de 1894, la innovación optimista y espléndida, el lumínico naturalismo y la briosa ejecución de *La vuelta de la pesca*.

Imaginaos el cambio. Todo era triste y crepuscular allí; aquí, todo casi meridiano y gozoso. El Mediterráneo azul de Levante,